

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.



PRECIOS DE SUSCRICION

Barcelona: un trimestre adelantado, 4 ptas.
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

Fonollar, 24 y 26

Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
Madrid: Almagro, 8, entr. derecha
-Alicante: S. Francisco, 28, dup.º

SUMARIO.

El patrimonio del hombre.—La Madre.—Dictados de ultra-tumba.—Dos espíritus.

EL PATRIMONIO DEL HOMBRE.

Hay libros que atraen por la verdad que encierran y el sentimiento que revelan.

Somos tan amantes de la verdad, y nos inspiran tan profunda simpatía los séres sensibles, que por esto las memorias del Padre German son para nosotros un tesoro inapreciable, y las leemos con esa avidez del que está sediento de luz y de amor.

Miramos en torno nuestro á ver si encontramos sacerdotes como el Padre German; porque seria tan hermoso y tan consolador hallar muchos hombres como él, que nosotros creemos cumplir con una obligacion publicando una parte de sus memorias: porque en ellas se vé, lo que debe ser un ministro de Dios. Los sacerdotes son necesarios; los pueblos necesitan cierto número de séres instruidos, benévolos, complacientes, amorosos, siempre dispuestos á enjugar una lágrima, y á escuchar una queja; porque, como aún la generalidad de los terrenales se compone de espíritus vulgares discolos, y muy dados á enemistades, á pasiones violentas, y á fatales vicios: por esto es necesario que la humanidad tenga mentores, maestros de moral, y los más apropiados para este difícil cargo son los sacerdotes ilustrados, los que por su género de vida pueden dedicarse al delicado estudio de las almas, dándole á cada una el consuelo que necesita. Escuchemos al Padre German, y veamos cuanto bien hizo en la tierra.

«¡Señor! cada dia qua pasa, cada hora que trascurre, cada minuto que huye para perderse en la eternidad: me convence mas de tu grandeza, y tu misericordia Señor. ¡Bendito! bendito seas!

»¡Cuánto quieres al hombre, y cuán mal hemos comprendido tu inmenso amor!

»¡El tiempo! esa demostracion eterna de tu sabiduria! ¡esa prueba inmensa de tu poder! ¡esa descifracion continua de los grandes problemas! ¿cómo ha sido mirada en todas las edades? ¿cómo? con cierto temor supersticioso; y el tiempo ha sido simbolizado por un viejo escuálido devorando á sus hijos, destruyéndolo todo, agostando la belleza y la juventud del hombre, estinguendo sus afectos, caducando sus leyes, derrumbando sus imperios: para el hombre el tiempo y la nada han sido sinónimos; y sin embargo; la naturaleza ha demostrado siempre que el tiempo es la renovacion suprema de la vida; y si se estudia la existencia del hombre, se vé que el tiempo es la redencion de la humanidad, es en una palabra el único *patrimonio del hombre*. Si todos los tesoros de un planeta los llegase á poseer un solo individuo, este no seria poderoso si no tenia á su disposicion tiempo de que disponer. Yo que he estudiado tan profundamente en esos libros inéditos, en esos volúmenes palpitantes que se llaman hombres; he tenido ocasion de apreciar el valor de las horas, y por esto considero al tiempo como la apoteosis de Dios.»

»¡Cuántos séres culpables se han redimido con el transcurso de los años! ¡Cuántas almas rebeldes han entrado en los caminos del Señor! Por esto yo creo que el hombre vive siempre, porque si no viviera: ¡qué corto es el plazo de una existencia para el que cae, y se quiere levantar!

» Las campanas tocan á muerto! nubes plomizas cubren el horizonte, los pájaros asustados se refugian en las copas de los árboles y el viento mece su cuna de follage, los perros ahullan lastimeramente, la tempestad se acerca, y con ella los recuerdos surgen en mi mente..... el tiempo ha pasado..... y sin embargo vive en mi memoria la tarde aquella.

» ¿Por qué extraño misterio, manuscrito querido, no he trazado en tus amarillentas hojas las impresiones de un suceso que ha formado época en mi vida? ¿Por qué alguna vez al tomar la pluma y al pensar en aquel desventurado, mi mano ha temblado y no he podido formar una sola letra? ¿Por qué he tenido miedo como si hubiera sido un criminal? ¿Por qué en mis oraciones al pronunciar su nombre la voz se ha ahogado en mi garganta, y he enmudecido temiendo que las paredes del templo repitieran mis palabras?..... Por la primera vez de mi vida he sido débil, y quiero vencer mi debilidad, quiero añadir una página al libro de mis confesiones, y de mis recuerdos; quiero que los hombres sepan la desgraciada historia de un espíritu rebelde cuyo nombre verdadero ni aun á ti, manuscrito querido, debo confiar; pero quiero dejar consignado el hecho para demostrar que el tiempo no es el dios Saturno devorando ansiosamente á sus hijos, sino que es: el aliento de Dios, fecundando los universos del infinito.

» Ya llueve, el agua golpea los verdosos vidrios de mi ventana y parece que esas gotas me dicen: ¿te acuerdas?

» Sí me acuerdo, sí. Era una tarde de primavera, y la estación de las flores, (como mujer caprichosa) se habia envuelto en el manto del invierno: llovía á torrentes, las nubes cargadas de electricidad dejaban caer sobre la tierra rayos de fuego, el huracan arrancaba de raíz los árboles centenarios que volaban por el espacio con la rapidez del pensamiento, las casas de la aldea temblaban como si tuvieran fiebre, sus techos al hundirse lanzaban un gemido, y el viento como insaciable monstruo, las devoraba en su veloz carrera. La iglesia estaba llena de fieles que rezaban acongojados pidiendo á Dios misericordia, y yo estaba en mi oratorio entregado á la mas triste meditacion pidiendo al Eterno, que si algun sér de aquella aldea debia morir en aquellos terribles momentos que fuese yo el elegido, árbol seco que á nadie daba sombra, y dejase á otros ancianos que eran árboles frondosos á cuya sombra benéfica se cobijaban dos generaciones. Pensaba en los marinos que luchaban con las embravecidas olas, contaba y recontaba, y no podia sumar los gemidos de agonía que en aquellos criticos instantes debian exhalar centenares de familias arruinadas por la violencia de la tempestad, y lloraba, considerando tantos infortunios, tantas esperanzas perdidas!.... tantas horas de improbo trabajo, ¡pobres! pobres labradores! De pronto entró Miguel, mi viejo compañero, que llevaba á Sultan cogido de una oreja, diciéndome muy azorado:

» ¡Ay! señor! Sultan se ha vuelto loco sin remedio, yo no sé lo que tiene este animal. Ha entrado en la iglesia y ha comenzado á tirar á las mujeres de los vestidos, y á arañar los capotes de los hombres corriendo de una parte á otra, ladrando desafortadamente, se ha tirado encima de mí, y por poco me derriba al suelo, y gracias que á duras penas lo he podido traer aquí.

» Yo miré á Sultan que venia chorreando agua y lodo, le cogí por la cabeza y examiné sus grandes ojos, y ví que los tenia llenos de lágrimas. El pobre animal como si comprendiera la relacion de Miguel se estaba quieto mirándome lastimosamente, yo que queria á Sultan como á un amigo íntimo de mi vida, le acaricié diciendo: ¿Por qué asustas á la gente? ¿Por que impacientas á Miguel que parte contigo su alimento? vamos pídele perdon, Miguel se hechó á reir y dió varios golpecitos en la cabeza de Sultan, el cual, al verse acariciado tomó nuevos bríos y comenzó á gruñir, á lanzar fuertes ahullidos saltando sobre Miguel y sobre mí, nos tiraba del hábito, escarbaba el suelo con ademán impaciente, corria á la puerta, se ponía de pié, apoyándose contra la ventana golpeaba los vidrios como si quisiera romperlos, volvía de nuevo hácia mí, me cogia por la manga, y me hacia andar á pesar mio; al ver este empeño inusitado le dije á Miguel: Lo que tiene Sultan es que ha visto á algun desgraciado, y nos dice que vayamos á salvarlo. Al oir esto Sultan comenzó á ladrar y á saltar de nuevo, y yo me puse mi capa me calé la capucha, y Miguel me miró asombrado, diciéndome:—Pero, Señor, V. se ha vuelto loco ¿adonde va lloviendo de esa manera?

»—Voy, donde mi deber me llama; que no hemos de ser los hombres menos generosos que los perros.

» Miguel por toda contestacion se fué á buscar su viejo capote, y me ofreció su brazo para que me apoyara en él. Salimos y seguimos á Sultan que pronto se perdió entre las escabrosidades de un barranco; con mil apuros le seguimos, trepamos á una montaña; á

la mitad de la subida Sultan se detuvo y miró un nuevo barranco ladrando desaforadamente, nos detuvimos y Miguel me dijo despues de escuchar algunos momentos: Creo que en el fondo hay álguien que se queja; mas el viento que silbava entre aquellas hendiduras no nos dejaba oír nada; pero Sultan para convencernos miró el terreno, dió varios rodeos y comenzó a bajar, y nosotros le seguimos guiados y sostenidos por algun angel del Señor, pues de otro modo no se concibe que pudiéramos vencer tantas dificultades. Llegamos á un replano que formaban las piedras, y allí encontramos á un hombre que se quejaba angustiosamente: entre Miguel y yo le levantamos, y como si aquel pobre sér nos hubiere estado esperando, al sentirse sostenido por nosotros, dijo con voz ahogada: ¡Gracias á Dios! y quedó sin sentido. Despues de una marcha penosísima llegamos á la iglesia, y tendimos á aquel infeliz en un banco de la sacristía, le prestamos los auxilios convenientes y pronto abrió los ojos mirando á todos lados.

»Miró á los campesinos que le rodeaban y se incorporó con viveza, diciendo: Idos de aquí, no sé si estoy muerto, ó si estoy vivo, pero quiero estar solo. ¿Me habeis oido? marchad. Hice despejar la estancia, y me quedé solo con el viajero y Sultan, que como si comprendiera que su trabajo estaba ya concluido, se tendió á reposar de su fatiga. Yo me senté al lado del enfermo y le dije:

»—Con la entereza que hablais se conoce que no estais herido, gracias á Dios.

»—No hay nadie en la tierra que pueda herir mi cuerpo, pero en cambio tengo herida el alma; ahora decidme: ¿estoy muerto ó estoy vivo? noto gran confusion en mis ideas.

»—Estais vivo, gracias á Dios.

»—No deis muchas gracias padre, que sin duda alguna seria mejor que me hubiese muerto, ¿sabeis para lo que yo quiero la vida?

»—¿Para que la quereis?

»—Para vengarme, para lavar con sangre la mancha de una ofensa.

»—Buen modo de lavarla cometiendo sin duda un asesinato!

»—Qué quereis padre, lo primero es lo primero, y las manchas de la honra solo con sangre se lavan. Yo le contaré mi historia, que para eso he venido, no creais que fué la casualidad la que me llevó á aquel barranco. Yo quise acortar camino, y en mi carrera cai, y creed que allí he sufrido todos los tormentos del infierno, pugnaba por trepar y me resbalaba, y mientras mas queria adelantar, mas terreno perdía, las fuerzas me faltaban, mi cabeza no queria levantarse de su almohada de rocas, y pensé que iba á morir sin confesion, cuando solo por confesarme he venido aquí. Hace mucho tiempo que os conozco y no queria irme del mundo sin confesarme con vos. La carga de mis culpas es muy pesada, y solo un hombre como vos me puede ayudar á llevarla. Dos únicos objetos tengo en mi vida: confesarme hoy, y vengarme mañana.

»—Pues ni os cofesareis hoy, ni os vengareis mañana: estais enfermo, vuestros ojos tienen el brillo de la calentura, vuestra mirada estraviada me dice que delirais, ahora os dejaré mi lecho, descansareis, reposareis, y cuando hayais recobrado la salud, seguireis vuestro viaje y os advierto que no quiero recibir vuestra confesion, me horrorizan los secretos de los hombres, cuando entro en esta iglesia me da miedo, porque los ecos me repiten las quejas de la mujer adúltera, los lamentos de la madre infanticida, las imprecaciones de los asesinos, y no puedo guardar en mi mente mas recuerdos de horror, porque temo volverme loco. El enfermo paseó su mirada en derredor suyo y dijo amargamente: Teneis razon. ¡Cuántos secretos guardarán las paredes de esta iglesia! es bien triste la historia de la humanidad!

»—Seguidme, le dije con afan. Necesitais descanso, estais enfermo, creedme.

»—Bien, os seguiré, pero mañana me esucharéis, sino de grado por fuerza.

»—Le conduje á mi cuarto, le hice tomar alimento, le ayudé á desnudarse, y se acostó en mi lecho; á poco se durmió con un sueño agitado y yo entonces le contemplé detenidamente. Era un hombre de unos cincuenta años, de arrogante figura, y hasta dormido revelaba su semblante orgullosa altivez. Me retiré á mi oratorio, y allí me entregué á pensar, y como el reo que está en capilla temblaba que amaneciera y llegara la hora de mi suplicio, y me preguntaba: ¿Quién será este hombre Señor? ¿Qué nuevos crímenes sabré mañana? ¿qué nuevos enemigos me crearé? Porque yo, no transigiré nunca con la hipocresía, ni entregaré ningun criminal á la justicia, porque sé que destruyo un cuerpo y entrego un espíritu á la turbacion, y prefiero trabajar en su regeneracion con todas las fuerzas de mi alma. Yo quiero la correccion para el criminal, pero no quiero los tormentos horribles, los trabajos forzados; quiero hacerles pensar, y hacerles sentir, esto no lo encuentro en las leyes de la tierra, y por eso me resisto á en-

tregarle nuevas víctimas: pero esto me ocasiona grandes responsabilidades, porque si bien hasta ahora cuantos seres culpables he arrebatado á los tribunales de este mundo, todos se han regenerado; pero, ¿y si alguno con mi tolerancia cometiera nuevos crímenes? ¡Ah! Señor! las fuerzas me faltan, ten misericordia de mi debilidad. Yo si escucho una confesion, si veo una existencia llena de horrores, me identifico con aquel pobre sér, y sufro con sus remordimientos, y padezco con la agonía de sus víctimas y turban mi sueño sombras aterradoras, y no se lo que pasa por mí.

»Las horas pasaron, el alba cubrió con su manto de púrpura el velado horizonte, los pájaros llamaron al Padre del dia, y este les contestó enviándoles sus rayos luminosos, y el enfermo se incorporó en su lecho diciéndome con acento satisfecho: ¡Qué bien he dormido Padre me encuentro perfectamente, y lo que casi nunca me sucede, he soñado con mi madre y lo que son los sueños!..... la he visto como ella era..... Saltó del lecho, y prosiguió diciendo: Preparémonos para salir que no quiero hablar dentro de la iglesia, porque no quiero que sus paredes guarden el eco de mi voz. Vámonos al campo que segun decia mi madre, es el lugar donde el hombre está mas cerca de Dios.

»Yo miraba á mi interlocutor como el reo mira al verdugo, en la mirada de aquel hombre habia una fiera estraordinaria, pero no era un sér repulsivo, antes al contrario, interesaba la espresion de su rostro, su porte era distinguido, y se conocia que pertenecia á la mas alta sociedad.

»Le hice tomar algun alimento que comió maquinalmente, y me dijo con acento seco:

»—Padre, vámonos de aquí, me persiguen muy de cerca. Yo nunca he sido traidor, y no quiero premiar vuestra generosa hospitalidad con el trastorno de una prision, no sabeis aún á quien teneis en vuestra casa.

»—Y os dejaria marchar muy contento sin saberlo: recomendándoos únicamente, que hiciérais con los demás hombres, lo que ayer en esta aldea hicimos con vos.

»Por toda contestacion salió del aposento, acarició al paso á Sultan que marchó á su lado muy satisfecho y salimos al campo sin pronunciar una palabra. Al vernos fuera de la aldea me miró y me dijo:

»—Conozco estos sitios mejor que vos, y os llevaré á un parage donde nadie podrá interrumpirnos. Así fué: nos sentamos en una hondonada y Sultan como centinela de avanzada se sentó á larga distancia de nosotros. Yo pedí á Dios inspiracion, y como siempre sentí en todo mi sér un fuerte sacudimiento, sentí sobre mí cráneo una mano de fuego, mis ideas adquirieron lucidez, y el viejo cura de la aldea se sintió fuerte y rejuvenecido miré á mi compañero que estaba sumido en honda meditacion y le dije:

»—Cúmplase el sacrificio, comenzad; pero sobre todo, decidme en absoluto la verdad.

»—Los hombres de mi raza no mienten nunca. Miradme bien. ¿No calculeis quien soy?

»Mi nombre debe haber llegado muchas veces á vuestros oidos. Soy el gran duque Constantino de Hus.

»Efectivamente me era bastante conocido por su fatal nombradía, y por un instante sentí miedo, sentí horror, sentí un espanto inconcebible; pero fué una cosa instantánea, porque se apoderó de mi alma un deseo veementísimo de saber la historia de aquel hombre, que para mi era un náufrago perdido en el océano embravecido de las pasiones, y del fondo del mar de los vicios me propuse sacarle á todo trance; entonces me sentí fuerte, animoso, dispuesto á convertir al mundo entero; me acerqué mas á él, cogí una de sus manos, le miré fijamente y le dije:

»—Habla! te conozco y te compadezco hace mucho tiempo.

»—¡Me compadeciais! replicó con asombro.

»—Si, te compadecia. ¡No te habia de compadecer, si eres mas pobre que el último mendigo de la creacion!

»—¡Pobre yo! replicó con ironía; sin duda ignorais que en mis dominios nunca se pone el sol.

»—No tiene que ocultarse el sol en el lugar donde nunca ha brillado; pero comienza tu relacion.

»El duque me miró, y comenzó diciendo:—No conocí á mi padre, murió en una accion antes de nacer yo, y cuando se celebraban sus funerales, mi madre me dió á luz, y segun cuentan me colocaron sobre el túmulo de mi padre, y me aclamaron mis súbditos como el único gefe de mi ilustre familia, no quedaba mas varon que yo, todos habian perecido en la guerra. Mi madre era una santa mujer, ahora lo conozco, y recuerdo que muchas veces me decia:—Quisiera al morirme llevarte conmigo, y que se perdiera tu nombre en las sombras del sepulcro.

»—Tu pobre madre se conoce que veía muy claro tu fatal porvenir, prosigue.

»—Cuando murió me alegré de su muerte, porque era el único ser que contrariaba mis deseos, y á los catorce años me quedé libre de toda tutela, con derecho de vida y hacienda sobre mis vasallos. No conocí á mis antojos valla, mi voluntad soberana se cumplió siempre y ¡ay! del osado que no la hubiera cumplido. Para tener un heredero de mi nombre me uní á una jóven de estirpe real para perpetuar mi raza, por esto he utilizado siempre á las mujeres, pero á ninguna he querido, solo á mis hijas he mirado con respeto, porque al fin llevaban mi apellido. Mi primera esposa dió á luz una niña, y me indigné de tal manera que desapareció rápidamente de la tierra, porque comprendió mi médico que yo quería que desapareciera. Me casé segunda vez, y me sucedió lo mismo, y me casé la tercera y se repitió la misma historia, quería un hijo, y ese hijo nunca vino.

»—¡Y como querías que viniera desgraciado! ¡Para el árbol de la iniquidad no hay retoños en la naturaleza!

»—Ya podeis decirlo padre, á treinta y seis jóvenes hijas de mis vasallos he obligado á que cedieran á mis deseos, la mayor parte fueron estériles, otras murieron de pena, algunas conservaron un recuerdo de mí, que se estinguió al nacer; porque ninguna de las hijas que he tenido de origen bastardo ha sobrevivido á su nacimiento, y he envidiado al último de mis pecheros al verle jugar con sus hijos, todos tenían un heredero de su nombre, solo el mio estaba llamado á estinguirse.

»—Porque es necesario que se estinga, porque eres hijo de una familia execrable, porque donde tu y los tuyos habeis llegado, no habeis dejado mas que un rastro de sangre y lágrimas, por eso es preciso borrar tu nombre del libro de la historia, para que no se avergüencen los pueblos; pero prosigue, que aun no debes haber concluido.

»—Me queda algo que contaros todavía, tres hijas me quedaron de mis tres matrimonios, á las cuales si no las he querido mucho, las he respetado, y para que con sus debilidades ó liviandades (porque todas las mujeres son lo mismo,) no manchasen mi nombre, á dos de ellas las hice entrar en un convento, y la mayor se quedó á mi lado, para hacerme cometer un nuevo crimen. Un hombre, mas poderoso que yo por su posición social, la sedujo, y despues de seducirla, como él es casado la abandonó, y conociendo que al enterarme yo de lo ocurrido me vengaria, me alejó de su lado acusándome de ser el jefe de una sedicion, y me despojó de la mayor parte de mis bienes. Yo ya sabia mi deshonra, reuní á mis parciales, y reté al ladrón que habia osado llegar hasta mi hija, y le dije que viniera á mi residencia habitual para probarme que yo era un traidor, y le mandé mi guante que el recogió, y vino á mis estados, porque á tales llamamientos no hay hombre que se niegue, pero vino con fuerzas poderosas muy superiores en número á las huestes que defendian mis territorios, comprendí que seria pronto dueño de mi castillo, y le mandé á un heraldo con un pliego en el cual le decia que yo mismo le tiraria las llaves de la fortaleza á la puerta de su tienda, y no tardé en cumplir mi palabra. El puso su tienda á orillas del rio, y yo subí á la torre mas alta de mi castillo acompañado de mi hija próxima á dar á luz, el fruto de su deshonra y la mia, y con brazo fuerte la levanté en el aire, y la lancé al espacio. Su cuerpo se perdió entre las ondas del rio mientras yo grité tres veces:—¡Ahí tienes las llaves de la fortaleza de Hus!! Sin pérdida de tiempo, seguido del mas bravo de mis capitanes hui por un camino subterráneo, mientras que mis soldados defendian palmo á palmo, la morada de su señor. ¿Y sabeis porque hui? porque queria que aquel hombre sintiera el mismo dolor que sentí yo, queria que mi venganza se cumpliera ojo por ojo, y diente por diente; queria que una de sus hijas fuese deshonrada como lo fué la mia, y conseguí mi intento, y se lo hice saber, y le reté á un combate á solas en las cercanias de esta aldea, pero él temió mi brazo, y no vino, pero vinieron en mi seguimiento emisarios suyos que he sabido burlar con destreza. El que no quiere morir como un noble, morirá como mueren los cobardes y los traidores, heridos por la espalda; voy en su busca, le mataré, y despues vendré aquí, y concluiré de una vez con una vida que me abruma, y entonces Padre vos sereis el único que rogará por mí, y no le negareis tierra sagrada al cadáver del suicida. Se habla mucho de vos, y por esto he venido, porque necesito al morir alguien que me prepare para ese viaje que no se donde acaba; dicen que hay un infierno, y si le hay de seguro que yo iré á él, y si he de ser maldecido en la tierra, quiero recibir mi excomunion de un hombre verdaderamente grande, como cuentan las gentes que sois vos.

»Yo estaba absorto; miraba á aquel hombre y veía pasar ante mi pálidas sombras en forma de mujeres jóvenes y bellas, las unas estendian su diestra amenazando la cabeza

del noble, otras lloraban, y le enviaban un ósculo de paz, y yo maravillado, atónito, subyugado comprendí que estaba rodeado de seres espirituales. Una sombra entulada se acercó al duque, lloraba con el mayor desconsuelo, y reclinaba su frente en la cabeza del pecador. Esta es el alma de su pobre madre, pensé entre mí: solo una madre puede perdonar la iniquidad del hombre. La sombra respondió á mi pensamiento, porque redobló sus caricias, y estrechó mis manos con ademán suplicante. Yo entonces sentí lo que nunca habia sentido, pensé en mi madre á quien nunca habia visto; y mi corazón sollozó dentro de mi pecho, y casi envidié la suerte de aquel desgraciado, porque aun era amado de su madre.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

(Se concluirá.)

LA MADRE.

¡Madre! Nombre sublime y bendito, tierno cual suspiro del aura, dulce como la felicidad. Nombre que llevamos escrito en el alma con caracteres indelebles; nombre que no disipa la distancia, que no se pierde en la ventura, que no desaparece en las fuertes conmociones del dolor ó del placer.

¡Madre! Palabra mágica, que penetra en todos los corazones, palabra que encierra todo un poema de ternura, sacrificios y amor. Por eso se ha dicho con tanta verdad como elocuencia: «Nada hay en el mundo superior á una mujer, como no sea una madre.»

La madre es el faro que nos ilumina en las densas nebulosidades de la vida.

La madre es el eslabon primero de esa interminable cadena, llamada sociedad; el ángel que vela nuestros sueños infantiles, la que rocoge nuestro primer aliento, la que absorbe nuestro primer suspiro y la que imprime en nuestros lábios el primer beso de amor.

La madre es una brillante perla que se alza sobre el inmundo lodazal de esta vida; un néctar delicioso, una esencia que nos endulza nuestro cáliz de amargura.

La madre cifra todo su ventura en la dicha de sus hijos; la madre corre un túpido velo sobre su pasado, y no tiene mas porvenir que el de sus hijos, con los cuales rie si gozan, y padece dolores acerbos si los sufren ellos.

La madre ejerce dignamente su augusto sacerdocio; ella desde el momento en que enseña á su hijo á balbucear el nombre de su padre, procura introducir en su alma la semilla del bien y la virtud.

El corazón de la madre es la pira inextinguible del amor, el manantial de los sentimientos elevados, el raudal de la ternura y el foco de las grandes ideas.

¡Sacrificio y abnegacion! Hé aquí sintetizada la historia de la buena madre.

La madre expresa el ideal del amor divino, descendido al corazón de la mujer.

Toda la poesia del hogar está reconcentrada en la madre!

¡Cuán dulces son los acentos de una madre, cuando estos salen de su alma, lira hermosa que parece pulsada por los ángeles y serafines!

Al lado de una madre virtuosa se aspira un perfume de santidad que purifica.

La madre es nuestro génio tutelar, nuestro mentor, y el ángel que cierne sus invisibles alas sobre nuestras frentes.

La madre es en la tierra una enviada del cielo, una mensajera del paraíso para elevarnos á él.

La madre es la gran influencia del universo, porque sobre sus rodillas se ferma la sociedad,

Las épocas en que más génios han florecido, han sido las épocas en que han brillado mejores madres.

La importancia de la madre en nuestra vida moral, y en nuestra vida física, es grande, incommensurable.

No hay misión más elevada para una mujer que la de madre, si la llena cumplidamente,

La aureola de la maternidad es la mejor diadema. No existe vejez para la buena madre: deja de ser bella sin pesar, al ver que su hija comienza á serlo; la abnegación de su amor le ofrece más gozos por los triunfos de su hija que por los suyos. Una mujer coqueta deja de serlo al estrechar en sus brazos al sér que vive de su vida: se desprende de todas las frivolidades mundanas, y solo piensa en adornar al ángel que llena completamente su alma.

Una buena madre hace más en provecho de la moral que los libros de los filósofos; pues las ideas que inculca en la mente de su hijo no las olvida éste jamás.

Las lecciones que se reciben en la cuna, son para el hombre la imágen de la madre que se las dió.

El porvenir de las naciones está en las manos de la madre.

La madre es la gran palanca social. La madre no debe fiar á nadie la educación de sus hijos; y si renuncia á este derecho, faltará á un sagrado deber; la madre no debe nunca separarse de su tierno niño; él es su salvaguardia y su escudo, como ella su amparo, su protección y su sosten.

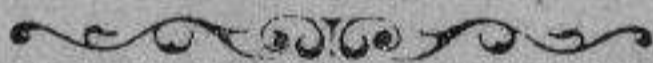
Ante el sublime espectáculo de una madre acariciando á su hijo, retrocede el más atrevido libertino.

No hay sér más ambicioso que una madre; una corona imperial le parece siempre muy poco para su hijo.

El amor maternal es el más puro, el más desinteresado, el más espontáneo, el más perfecto y el más constante de todos los amores.

CONCEPCION JIMENO.

(Del *Defensor de Granada*.)



DICTADOS DE ULTRA-TUMBA

obtenidos en Murcia en el centro familiar BEETTEOVEN.

Amar no es lo que muchos se figuran.

Amar es haber llegado al destino final, es haber rebasado todas las miserias humanas y alcanzado la enhierta cumbre donde radican las causas. Es haber llegado á poner en contacto su ciencia con la de Dios y vivir con él. Es entrar á recibir la herencia del universo, porque mientras no se cura una cosa no está en posesión de ella. Amar es encerrar en la ciencia de su espíritu, el universo y recibir del universo sus caricias, sus santos halagos y su infinita bondad.

Por eso nosotros que amamos tanto, estamos tan léjos del dolor que ni siquiera creemos que existe sino como viento pasajero. Cuando se llega á la región de los amores eternos, se llega á la región de las dichas eternas.

Amar, siempre amar. Amar á los enemigos para que nos amen, á los amigos para que reciban este bien, y al universo entero para imitar á Dios.

Amar á Dios es el goce de los espíritus elevados. El amor á Dios no es el amor á los hombres ni al mundo, es un éxtasis en que hay arrobamientos exaltadísimos, es caer en el profundo goce donde no se puede ni aun pensar, ni aun sentir, porque es una especie de enagenación sublime en donde casi desaparece la personalidad. Dios; esta sola palabra levanta oleadas de amor en los infinitos á cuyos vivísimos destellos no pueden casi resistir los séres que han alcanzado llegar siquiera á entrever un poco de la santa, de la infinita, de la ineseada ciencia de Dios. Arrobamientos, éxtasis, dulzuras inesplicables; esto es el amor á Dios. Sentirse eterno, sentirse casi infinito por la ciencia, verse sumergido en la esencia divina, sentir el aliento por

decirlo así de la divinidad es una dicha tan intensa que no es dable poder soportar sino es con la esperanza de ser mas, de acercarse mas á El. En esta existencia el goce casi absorbe todo el sér, se siente como un anonadamiento que embriaga. ¡Cuánta dicha, cuánto amor! ¿Y que ha hecho la criatura para merecer tanto? Nada. He aquí Dios: Crea un sér y le dá la eternidad para que vaya gozando.

DOS ESPÍRITUS.

Revelacion de ultra-tumba al medium.

UNA REINA.

«¡Sombra que en vano quisiera
De mis ojos apartar!
¡Ay! si un momento pudiera
La luz del Sol contemplar.

—
»Yo á quien la reina llamaron
Y mil á mis plantas ví,
Que humildes se prosternaron
Porque bella y grande fui;

—
»Hoy en olvido profundo,
Ciega, hundida en el dolor,
Llamo en vano; sordo el mundo
No oye el eco de mi voz.»

OTRO ESPÍRITU.

»Yo tambien, rey olvidado,
Me salgo del ataud,
Camino, busco, y no hay nada,
Vacío miro el cielo azul:

—
»Y en constante retroceso
Subo, bajo, vuelvo á entrar
A mi sepulcro, y el peso
Del dolor me hace llorar:

—
»Una mujer fué mi vida
Y tambien mi muerte fué,
La busco en vano; perdida,
¡Nunca á verla volveré!»

—
Así al medium contestaban
Y los dos no se veían,
Espíritus que ofuscaban
Las sombras que aun tenían.

—
De aquella vida ligera,
Qué un Dios del placer hicieron,

Y ni uno ni otro supiera
Que amada y amante fueron:

—
Ella ciega, y él privado
De mirar á la que amó,
Lo que el medium ha contado,
No comprendían los dos:

—
Y este en intuicion sintiendo
Que ellos un tiempo se amaron,
Fué el misterio comprendiendo
Y al fin los dos se miraron,

—
Que en palabras de virtud
Les hizo mirar su error,
Al preso del ataud
Y á la reina del dolor,

—
Y despues se conocían
Y con ternura rezaban,
Y los dos se mejoraban
Y á Dios las pruebas pedían.

—
¡Oh! que grande es la mision
Que un medium puede llenar,
Si alcanza al alma cambiar
Y volverla á la razon.

—
¡Oh! Mediums que habeis llegado
La doctrina á comprender,
No escribais por el placer
De descubrir lo ignorado.

—
Sino virtiendo consuelo
Al que sufre en el dolor,
Así tendreis el amor
Del Espiritu del cielo.

SOLEDAD MAÑERO DE FERRER.